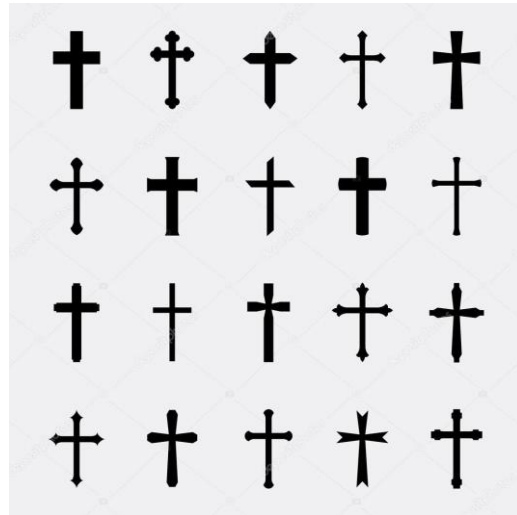


EL 8 DE ENERO DE 1881, SE PUBLICÓ EN *LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA*, UN NUEVO ARTÍCULO DEL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, TITULADO “*LAS CRUCES, HISTORIA, TRADICION Y COSTUMBRES*”.

**Diciembre de 2019
Ramón Freire Gálvez.**

Retomo nuevamente las publicaciones del ecijano Benito Mas y Prat, porque es un placer hacerlo y compartirlo.

Al hilo de la que le toca hoy, no creo que haya un pueblo como el andaluz nuestro, que sepa más de cruces que nosotros, los andaluces, porque de siempre hemos estado ligados, una amplia mayoría, a la cruz y su simbología. Desde la Semana Santa, pasando por las cruces de Mayo hasta llegar al campo santo donde reposan los cuerpos de nuestros antepasados, siempre está presente en nosotros la cruz, esa cruz donde el Hijo de Dios hecho hombre, para nosotros los cristianos, entregó su vida por la humanidad.



Esa cruz, que para los cristianos es un árbol de salvación y que, algunas interpretaciones místicas interpretan, que la porción vertical representa la divinidad de Jesús y la horizontal su humanidad. Con independencia de la creencia de cada uno, de ello va el artículo maravilloso que nos dejó nuestro paisano Benito Mas y Prat, allá el año de 1881, que es lo que recuperé en esta ocasión, titulado:

LAS CRUCES. HISTORIA, TRADICIÓN Y COSTUMBRES.

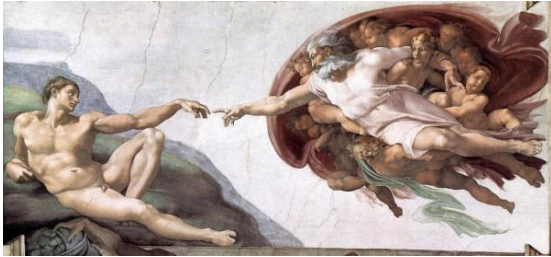
I.

Ocultándose en los subterráneos de los primeros siglos; perdiéndose en las nubes con los campanarios de la Edad Media; rompiendo los ángulos de los edificios del Renacimiento; poblando, en fin, las suntuosas necrópolis de los tiempos modernos, se escalonan las cruces en torno nuestro y perpetúan la tradición cristiana a través de los siglos y de las generaciones.

El pueblo, que ama entrañablemente los símbolos y halla en la cruz un grato venero de misterios, parece complacerse en prodigarlas, y se rodea de ellas hasta el punto de considerarlas parte integrante de su existencia. Las lleva sobre los hombros durante ciertas ceremonias religiosas, las clava, las pinta o

las abre en los muros de sus habitaciones, y las cubre de lámparas y florecillas en las alegres mañanas de Mayo en las tristes noches del mes de los muertos.

La Cruz, como medio y lugar de suplicio, fue conocida desde los más remotos tiempos. El Génesis nos habla de ella con motivo de la interpretación de los sueños de Egipto; Apuleyo la define en aquellas célebres frases: *Patíbuli cruciatum eum caues el vultaries intima protahnnt viscera* y en nuestra historia patria cítase, acaso por primera vez, con el suplicio de Indortes e Istolacio, mandado crucificar por Amílcar.



Entre los romanos la crucifixión se había hecho tan frecuente, que Nerón la impuso a una hermosa esclava con el solo objeto de contemplar las torceduras y crispamientos de sus formas palpitantes.

En nuestra España las cruces se multiplican prodigiosamente durante los tiempos de la Reconquista. Desde Covadonga hasta las Navas, desde Fernando el Santo a Fernando el Católico, señálase con cruz cada palmo de tierra reconquistada, y se opone constantemente a los pendonas del Corán la antigua enseña de Constantino. La causa de la multiplicación del crismón visigótico y de las cruces griegas y latinas no es difícil de averiguar hojeando la Historia. Si nos remontamos a los siglos anteriores al VI, hallaremos a la Cruz arrojando poco a poco de sus pedestales a los Términos y a los Priapos; y si descendemos al XI, veremos al concilio de Clermont favorecer sus exaltaciones concediendo el derecho de asilo, como al altar y a la iglesia, a las erigidas en lugares profanos. La costumbre de poner bajo el amparo de la Divinidad las campiñas y las ciudades; el deseo de hacer patentes las victorias del cristianismo abriendo los brazos de la Cruz, allí donde se levantara la orgullosa frente de Cibeles coronada de almenas, o de la de Maya cubierta de flores y frutos, fue sin duda, la causa de la erección de esos triunfos o altares al aire libre, tan prodigados a las puertas de nuestras ciudades latinas.

El antagonismo del culto cristiano y politeísta se manifiesta claramente en estas sustituciones. Así como la rotonda latina o el intercolumnio griego se truecan por la cripta o el lóbrego eremitorio bizantino; así como se opone la virgen a la sacerdotisa y el solitario al arúspice, la cruz, escueta y desnuda arroja del clásico pedestal de la humana forma, privando al más pecador de los sentidos de las fruiciones que le proporciona la línea curva y la suavidad de los contornos.



Dos causas principales contribuían a dificultar las representaciones de Cristo en los primeros siglos de nuestra era; la costumbre de ver crucificados a los malhechores y esclavos, y la natural repugnancia de los mártires a las desnudeces de la estatua griega.

El Crucifijo propiamente dicho, las escena del Gólgota realmente representada, apenas suele hallarse antes del siglo VI; Gregorio de Tours parece ser el primero que habla de un crucifijo encontrado en la Galia en dicha época. En efecto aun cuando es cosa fuera de duda que se solía representar a Cristo bajo la figura del buen Pastor, de Orfeo y de Apolo, dando testimonio de ello los nombres conservados mucho después por Dante en la *Divina Comedia*



también es cierto que jamás se suspendió del Santo Leño en aquella lejana fecha; siendo mucho más frecuente según lo demuestran las más antiguas pinturas de *Las Catacumbas* representarle simbólicamente por medio del *pelícano* y del *aguus* siempre que se trataba de unirlo al árbol del suplicio.

La verosimilitud de esta conjetura puede comprobarse fácilmente. Después del segundo Concilio de Nicea y del Quinisexto de Constantinopla, en uno de los cuales se autorizaba la sustitución del Cordero simbólico por el cuerpo del Mártir del Gólgota, perpetuase la costumbre primitiva, y llega hasta nosotros con los albores del Renacimiento. Las cruces españolas ofrecen con bastante frecuencia, en la intersección y en las extremidades de sus brazos, las antiguas leyendas de San Procopio y el Cordero de las Catacumbas. En la célebre Cruz de la iglesia de San Juan de los Reyes, de Toledo, maravilla artística del Renacimiento, debida al famoso arquitecto Juan Guas, hallamos coronando su brazo superior, cubierto, como el resto del árbol, de graciosas hojarascas, el sagrado pelícano, que sustituye al Cristo y al Cordero.

En el siglo X comienza a alternar el crucifijo propiamente dicho con el crucifijo simbólico y la cruz escueta; sin embargo, el Cristo sólo se muestra bajo la nave de la basílica o en el altar del eremitorio; en la campiña, en el muro de la ciudad o en la plaza pública, la cruz visigoda sigue abriendo al aire sus desiertos brazos y sosteniendo tan sólo las piedras votivas. Poco tiempo después, la imagen del Crucificado escala el pórtico; cobijase bajo el doselete ojival; reclinase al fin en el característico retablo, y forma la figura principal de estos innumerables Calvarios, que embellece el Renacimiento, y cuyas reminiscencias son tan frecuentes en las calles de nuestras ciudades históricas.

II.

La ligera ojeada que antecede nos lleva, como por la mano, al campo de la tradición y de la fantasía.

El espíritu caballeresco de la Edad Media halla sabroso empleo en el símbolo del Gólgota, y la cruz, que cobija con sus brazos titánicos las monarquías y los imperios, ocupa el pecho del caballero cristiano y se apodera de la empuñadura de su montante.

La aparición que infunde ánimo a Constantino a las puertas de Roma rasga los celajes de las Navas, como había rasgado los de Clavijo y Covadonga, y toma apariencias multiformes en los escudos de nuestros nobles y de nuestros reyes. Los Cides, los Gonzalos de Córdoba, Los Machucas, los Ponces de León, los Garcilasos y los Pulgares son soldados de la Cruz antes que todo.

Los caballeros españoles combaten cuerpo a cuerpo por su ley y por su dama, juran por la cruz de sus espadas, y al encomendar sus asuntos de honra de la decisión de los aceros, buscan la cruz de la callejuela más próxima, el porche de la iglesia más solitaria o el retablo empotrado en el ángulo más retirado y sombrío.

He aquí cómo llegan las cruces a enseñorearse de la leyenda:

Durante la noche, a la luz de un farolillo piadoso y ante la cruz del callejón, de la plaza o de la basílica, riñen dos apuestos caballeros; el choque acompasado de sus espadas rompe el silencio de las sombras y turba el reposo de la virgen que sueña con el más garrido de los mantenedores; alguna que otra ventana del arco apuntado se entreabre sigilosamente; suena un ¡ay!; se escucha el precipitado paso del que escapa y el último exterior del que cae en tierra; agrupase la multitud en el porche o ante el retablo con las primeras luces del alba, y la curiosa musa popular recoge, sin el menor trabajo, los materiales de su *Cruz de Quirós*, su *Vieja del Candilejo* o su *Cristo de la Calavera*.



A contar desde este punto, la cruz adquiere una personalidad indiscutible; es una entidad simbólica, a la que se acude en la hora suprema; juez y testigo a la vez, alta representación de la verdad y de la justicia divina sanciona con su presencia el caballeresco combate, y parece señalar con sus brazos abiertos e inmóviles la parte de campo que corresponde a cada cual de los combatientes.

El vulgo, por su parte, se acostumbra a divisar vagos fantasmas cerca de las hornacinas y de los pedestales, y dando alas a su imaginación, y cuerpo a sus quiméricas preocupaciones, cree firmemente, para su santiguadas, que tras de la cruz está el diablo.

Estamos en plena leyenda; Zorrilla nos lo recuerdo con estos cuatro versos de su *Capitán Montoya*:

“Al que suele, con la luz
Y en campaña, blasfemar,
Bueno es hacerle pasar
De noche junto a una cruz”.

La cruz atrae y aterra, porque cuando no sirve de testigo en la liza caballeresca, se levanta por manos piadosas en el mismo paraje en que tuvo lugar la contienda, y sobre la tierra humedecida por la sangre de la víctima. Tal costumbre es, sin duda, consecuencia de la primera. La frecuencia con que se hallaban los cadáveres al pie de los triunfos y de los retablos debió establecer una estrecha relación plástica entre la cruz y el muerto, difícil de romper bajo el punto de vista estético e imaginativo. Allí donde fulguraba el rayo, el puñal o el relámpago de las espadas debía aparecer el iris de la esperanza y del perdón; allí donde se regocijaba Satanás o agitaba la muerte sus presurosas alas de sombra debía levantarse el signo de la redención y del arrepentimiento.

La Cruz del Rodeo, que recordaba en Sevilla las sacrílegas hazañas del



atolondrado Perafán de Rivera; *La Cruz del Martirio*, que señala en Monturque el lugar del degüello de ciertos hebreos fugitivos; la de la Ermita del Humilladero, que conmemora en Écija la matanza de las monjas vírgenes del Valle; las de *Velasco*, *San Lázaro* y *Martín de Tavira*, levantada en pro o en contra de ciertos Mañaras arrepentidos o

impenitentes, demuestran bien a las claras que no se erigían las cruces con un solo objeto.

Apenas hay pueblo en España que no pueda mostrar al curioso alguna de esas cruces tradicionales, en cuyos rústicos templetes o en cuyos pilares de ladrillo se ostenta aún la mancha histórica o la piadosa leyenda. Cuando a la caída de la tarde cruza el viajero por nuestras campiñas de Andalucía, las ve destacarse poco a poco entre los oscuros olivares; cuando, al cerrar la noche, se acerca a los bardales del pueblo, divisa a lo lejos la misteriosa luz de sus farolillos; cuando soñoliento y maltrecho, penetra al cabo en la antigua posada de anchos umbrales y pesados arcos de herradura, suele hallarlas de nuevo en el portal, coronada de malvarrosa y manzanilla.

Nada más interesante a veces que las historias de esas cruces, que corren por los pueblos de boca en boca y se relatan al amor de la lumbre en las largas veladas de invierno.

Las monjas del Valle, que iban cayendo una tras otra al pie de la cruz, por no entregarse vivas a la infamia; el Cristo que tendía su brazo de piedra, sirviendo de testigo a un inocente; la misteriosa lamparilla del retablo, que se negaba a alumbrar el duelo impío de dos hermanos de armas; la multitud, en

fin, de tradiciones y consejas populares que andan en lenguas y en romances desde las más remotas épocas, son una demostración palmaria de lo que acabamos de notar.

Los nombres de nuestras calles establecen una especie de solidaridad entre estos relatos dispersos. Hallanse repetidos en las Guías españolas con pasmosa frecuencia los de Cruz Verde, Tres Cruces, Cristo, Triunfo, Calvario, Horno de Brujas, etc., etc., y parecen conservar, como los del *Candilejo* y *Hombre de Piedra*, en Sevilla, el recuerdo de olvidadas tradiciones.

Perpetuase la costumbre de levantar cruces hasta nuestros días, y no son menos curiosas las tradiciones que de principios del siglo se conservan.

En las cercanías de Gerena, pequeño pueblo de Andalucía, hallase la *Cruz del Soldado*, erigida, según reza la tradición con motivo de un hecho patético y doloroso:

Un valiente muchacho de aquel lugar acudió como bueno a la defensa de su patria durante la guerra de la Independencia, y pasó algunos años lejos de su tierra y de sus padres.

Su madre y su novia, de cuyo seno se había despedido a paso de carga y con las lágrimas en los ojos escribieronle las consabidas cartas en letras mayúsculas, *deseándole la más cabal salud al recibo de sus cortas letras*, y haciéndotele sufrir con paciencia la separación y los balazos.

Un día tuvo varias alegrías inesperadas; el anuncio de su vuelta a Gerena, la entrega del diploma de la cruz laureada de San Fernando, y el recibo de dos expresivas cartas del pueblo, escritas, sea dicho de paso, en incomprensibles patas de mosca.

Lió sus bártulos; compró el reluciente canuto, que suspendió de una cinta color de esperanza, y echándose la bota al colete, el palo al hombro, y atrás el camino, dio vista a la suspirada Ítaca, al rincón de sus alegrías, al nido blanco y risueño donde tiró las primeras piedras y los primeros besos.

Como no había querido anunciarse, por tener el gusto de proporcionar una doble sorpresa, llegó solo al porche de la iglesia y permaneció un momento arrodillado, con la gorra debajo del brazo.

Despuntaba el día y terminada la misa primera, cuando un ligero vocerío resonó a la puerta del templo; eran dos recién casados, que acababan de verificar sus relaciones, y que salían atropelladamente, seguidos de amigos, parientes y gente menuda. El novio iba triunfante, altanero, dichoso; la novia, satisfecha, risueña y coronada de rosas marchitadas.

Nuestro soldado sintió desplomarse el campanario sobre se cabeza; aquella mujer era su prometida... su prometida a la que había perdido para siempre.



Ni una frase, ni un solo movimiento dio a conocer a los que salían el rudo golpe que acababa de llevar el recién llegado. En tanto que la comitiva desapareció por la calle frontera, iluminada por el sol naciente, él tomaba la dirección opuesta, pensando en otra mujer; en su madre.

La suerte, sin embargo, le reservaba el último golpe. Al dar vista a la pequeña explanada en cuyo frente se levantaba la pobre casa de sus padres, cerrole el paso un lúgubre cortejo, y divisó en el grupo de campesinos cubiertos de largas capas de paño pardo a casi todos sus allegados.

Arrojose como un loco sobre el ataúd, cuya cubierta separó violentamente y retrocedió lanzando un solo grito, ronco y seco, reconcentrado.

Tenía ante los ojos el cadáver de su madre.

Cuenta la tradición que el pobre soldado siguió al cortejo sin articular una sola palabra, y luego que cayó sobre el rostro de la muerta la última paletada de tierra, detuvose en un recodo del camino y se atravesó el costado con su propia bayoneta. La Cruz del Soldado se levanta en el mismo sitio donde cayó el cuerpo ensangrentado del pobre mártir.

Otra costumbre, conservada también hasta nuestros días, recuerda con pasmosa fidelidad las antiguas prácticas. Me refiero a esas pequeñas cruces de madera, clavada en las puertas de las tabernas, garitos y casas de mal vivir, que aún hoy convierten a pueblos en padrones de ferocidad e ignominia.

Una de las principales ciudades andaluzas conservaba hace pocos años sus más céntricas adornadas con esos medrosos calvarios, cuya existencia ha llamado tanto la atención de los extranjeros. Clavados en el mismo sitio en que se había cometido un homicidio o un asesinato, solían presentarse en fúnebres grupos sobre las paredes, ostentando el obligado letrero: *Aquí mataron a Fulano*.



La Cruz de los Caballeros que se levantaba en Sevilla, cerca del lugar llamado Ventas del Guadaira, y que, por circunstancias excepcionales, conserva en su preciosa Alquería de Dos Hermanas, mi particular amigo el excelentísimo Sr. D. José Lamarque de Novoa, lleva esta sencilla inscripción, que nos recuerda a la letra la leyenda usada en los cruces murales de Andalucía:

*El Domingo 14 de Mayo de 1649,
A las cuatro de la tarde, mataron en
Este sitio un caballero. Rueguen a Dios
Nuestro Señor por él.*

Alternaban con las pequeñas cruces de que acabo de hacer mérito, las cruces de Mayo, que, como todas, se hallaban colocadas en la vía pública, y que, no por ser hasta cierto punto temporarias, eran menos usuales.

Hornacinas vaciadas en el muro, o pequeños triunfos y altares en los ángulos, caracterizaban a estas cruces en las calles y plazas, desde que se generalizó entre los cristianos de España la fiesta de la Cruz, instituida por Santa Elena. Su tamaño se acercaba siempre al natural, no faltando algunas desmesuradas o colosales. Estaban pintadas casi siempre de verde, rodeadas de arcos a propósito para ser vestidos de hierbas y con multitud de pescantes de hierro, destinados a sostener búcaros, guirnaldas y farolillos.

El nombre Cruz Verde parece indicar el sitio favorito del barrio en que se engalanaba alguna cruz de Mayo, siendo claro en este sentido, si se atiende a la frecuencia con vemos repetida esta nomenclatura entre nosotros, y al antiguo uso de los mayos.

Estos mayos o pirulitos, cuyo uso es muy anterior al culto de la cruz, existen aún en muchos pueblos de la sierra, y se visten, como las cruces, con hierbas verde y flores primaverales. Colocanse en medio de la plaza pública, y sirven de pretexto y punto de reunión para organizar esas fiestas populares, cuya descripción es tan difícil como curiosa.



Con objeto de completar este ligero estudio, diremos algo acerca de estas costumbres.

III.

Las fiestas del Pirulito o de la Maya, son antiquísimas y se pierden en las brumas del politeísmo greco-romano.

Un curioso manuscrito, *Los Días Geniales*, de Rodrigo Caro¹, trata extensamente de esta solemnidad, y refiere en claro estilo y con pesada suma de datos todas las circunstancias que de dicha fiesta se conservaban en el siglo XVII.

Es indudable que, antes de exponer el Árbol santo de la Cruz, a la veneración de los fieles, se dio culto al mayo frondoso, símbolo de la primavera y de la fuerza generadora, y que antes de que el mayo o pirulito llegara a atraer las religiosas miradas de los íberos, las atraía sobre sí la encantadora imagen de Maya, hija de Atlante y madre de Mercurio.

¹ Propiedad de mi buen amigo el Excmo. Sr. D. J. J. Bueno.

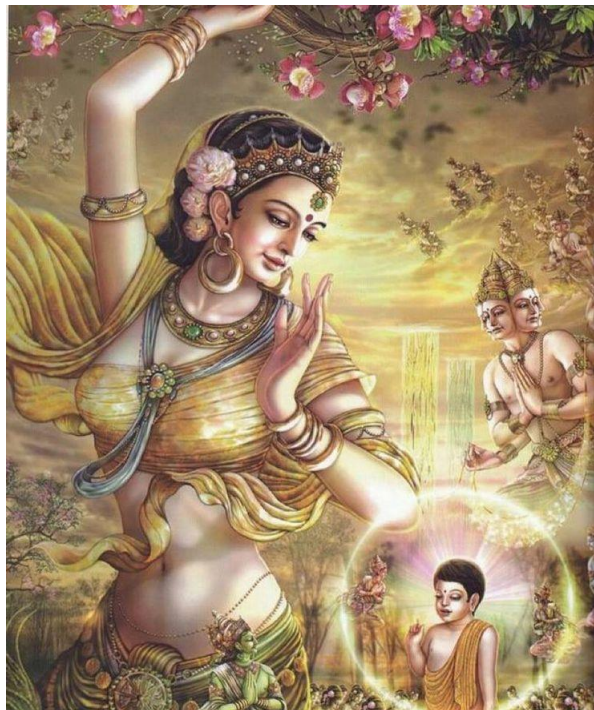
Fuera disparate pedir "*para la rica*", si por esto se quisiese hacer que la Maya fuese rica, pues el decirlo era ocasionar que nadie les diese. De donde aquel nombre *Rica* no puede ser epíteto y adjetivo de la Maya, sino nombre sustantivo de alguna cosa; y siendo así que este uso excede aún la memoria de los romanos, por lo menos durando en España su monarquía se ejercitó y frecuentó, diremos que pedir "*para la rica*" era pedir para aquel tocado que los romanos llamaban *rica*, el cual era cosa sagrada y los usaban las flamínicas mujeres de los flamines o sacerdotes. Era colorado, deslustrado y cuadrado; haciánlo de lana blanca, y las que lo hilaban habían de ser doncellas ingenuas, ciudadanas de Roma y que tuvieran padre o madre."

A poco que se medita en las analogías que existen entre la niña que se corona, aún en nuestros días, de frutos y flores, y el sentido mitológico, aun remontándose a los Vedas, que consideran a Maya como la materia de la ilusión, origen de todos los fenómenos y causa de la manifestación de todas las existencias individuales, es fácil observar que las primitivas fiestas del mes de las flores tienen un origen común y encierran el anagrama de la fecundidad de la tierra.

El color que ostentan los mayos y pirulitos puede tener, bajo tal aspecto, una nueva expresión simbólica: el poderío de la generación, la plenitud de la fuerza creadora manifestándose por la lozanía y el verdor del mismo modo que se manifestaba en el muérdago de las encinas drúidicas.

Bajo este punto de vista es considerada la fiesta en su origen profano, y de este modo arraiga en el pueblo y lo reúne durante una lunación en todo de la hermosa Maya o del frondoso árbol que le está dedicado. El símbolo encarna y se hace lugar en el seno de la alegoría y de la inocencia; la Maya se perpetúa con las flores, sus hermanas, sin tomar el trabajo de preguntar si debe desaparecer con la ruina de los viejos ídolos.

Flora, sin embargo, no existe; su cándida imagen ha recibido el agua del Jordán, y cuesta trabajo reconocerla bajo la basquiña de la muchacha cristiana; el árbol que le fue grato ha extendido sus brazos en forma de cruz, y sus resinosas antorchas se han transformado en lámparas y candelas.



La cruz reina sin rivales; las ofrendas de las tiernas mayas cristianas van a caer a sus pies; las flores que un tiempo adornaron el seno naciente de la buena diosa caracolean por su tronco y trepan a sus brazos color de esperanza. La Luna de Mayo a nuestros campesinos en torno de la *Cruz Verde*, vestida de manzanilla y álamo blanco, y las calles del pueblo, cubiertas de arcos de triunfo, guirnaldas y banderolas, aseméjase a una larga floresta animada por ninfas y trasnochadores, que, en vez de correr sin tino por el bosque llevando en la mano la tea y la haz de Ceres, hacen corro en torno del retablo y vacían la estrecha caña de cristal, danzando al son del crótalo y de la guitarra.

Las chicuelas de las grandes ciudades siguen persiguiendo al transeúnte, pidiendo cuartos para la Cruz de Mayo, que no tiene capa ni sayo, y echando a perros a la barba de los que no proveen sus platillos llenos de ochavos y hojas de rosa; pero la fiesta popular huye ya de las grandes capitales, pierde sus caracteres primitivos y se refugia en nuestras aldeas, buscando costumbres más puras y más azulados horizontes.

Hay un pueblo en Andalucía que tiene tantas torres como lanzas el cuadro de Velázquez; está acariciado por un río romanesco y hace gala de su cielo y de sus mujeres; en él me hallaba yo, hace dos años, durante la fiesta de la Cruz, y pude estudiarla a mí sabor en los cuatro domingos que le están dedicados.



pueblo, presentaba una de esas perspectivas que sólo se gozan en ciertas solemnidades andaluzas.

La larga calle central, en uno de cuyos ángulos se eleva la Cruz de Mayo, invadida desde las primeras horas por los mozos y mozas del

El pañolón de Manila bordado, la faja encarnada, el marsellés con codera de terciopelo, la mantilla y la peineta andaluzas, mezclándose y combinándose con el anticuado faralá y la moderna falda flamenca, cubrían la calle de una caprichosa plasta de color, sólo comparable a la que pudiera cubrir una paleta, después de haber manchado un lienzo de composición a lo Villegas.

Estos perfiles, que recuerdan la época del Califato; esos contornos, que traen a la memoria el óvalo romano y la curva griega; esos talles flexibles y esbeltos, para cuyo encomio se han exagerado las propiedades del junco y de la palma; todas esas bellezas que suelen compendiarse en una sola hipérbole, hija de la misma tierra donde se admira el prodigio, estaban reunidas en un punto y rodeadas al propio tiempo de luz, de notas y de flores nuevas.

Innumerables corros rodeaban la cruz, ya cuchicheando, ya acompañado con iolés! y palmadas los alegres aires del jaleo o del polo gitano, los voluptuosos movimientos del zapateado o de las sevillanas.

Corría la manzanilla, subían las voces, trinaban las guitarras, holgábase el sol, alumbrando aquellos rostros francos, expresivos y risueños, y concertábanse al pie de la Cruz las *pelas de la pava*, las tomas de dichos y las amonestaciones de la misma próxima.

Durante la noche, las candelas y las lamparillas del altar, las farolas de papel y los antiguos velones de *azófar* colgados de las ventanas daban nuevos tonos de luz a aquel indescriptible cuadro.

No olvidaré jamás a una pareja enamorada, que había celebrado sus nupcias el mismo día de la Santa Cruz, y que se arrojada localmente a los peligros de la fiesta, alumbrada, para ellos, con la radiante luna de... miel.

Ebrios de felicidad, hacían gala de sus galas, y procuraban comunicar al corro, de que eran héroes, sus desvanecimientos de alegría y sus llamadas de contento. Yo acepté una caña tocada por los labios de la novia, y apuré de un trago un bolo, servido por el novio con todas las reglas del arte. Hacía cuatro años que en igual sitio, y a pie de la misma cruz, se habían jurado por vez primera fidelidad y cariño.

Durante todos los domingos del mes de repitieron los propios juegos en aquella floresta artificial, y se poblaron de iguales rumores las silenciosas calles.

La amorosa pareja se hallaba siempre en primera fila; lanzábase a veces en el centro del corro para aprovechar un fandango, y solía ponerse como la grana cuando algún cantaor les dirigía esta copla u otra parecida:

La niña que está bailando
Es como una clavellina,
Y el bailador que la baila
Parece una rosa fina.



Recuerdo que el día en que me despedí de aquellas sencillas gentes, el novio y la novia me acompañaron hasta las afueras del pueblo, diciéndole a coro, como las golondrinas: "¡El año que viene nos volveremos a ver en la Cruz!..."

Cumplimos a medias nuestras palabras; yo volví al siguiente año, pero no en Mayo, sino en Noviembre y en cuento a ellos...

Él bajó a los sepulcros a los pocos meses, y Ella volvió a encontrarme al pie de otra cruz y en otra calle... ¡La calle y la cruz del cementerio! BENITO MAS Y PRATS.”

Hasta aquí llega este hermoso artículo de nuestro paisano. Maravillosa la descripción que hace relativo a las Cruces, como así lo titula y creo que cuando, al terminar el mismo, escribe: *"Hay un pueblo en Andalucía que tiene tantas torres como lanzas el cuadro de Velázquez; está acariciado por un río romanesco y hace gala de su cielo y de sus mujeres..."* se está refiriendo a la ciudad que le vio nacer, a su Écija querida, donde deja testimonio de su visita, la primera para celebrar la fiesta de la Cruz de Mayo y la segunda para visitar a sus difuntos.

Sea como fuere, no deja de ser un testimonio más de su sabiduría sobre las costumbres andaluzas, que yo me propongo recuperar para gozo mío y de mis lectores.